

ANNA CLAYFIELD, *The Guerrilla Legacy of the Cuban Revolution*. Gainesville: University of Florida Press, 2019.

Este libro constituye una investigación extensa y minuciosa sobre la presencia de la imagen de la guerrilla y del guerrillero en el universo simbólico de la revolución cubana y busca demostrar que el legado de la guerrilla, promovido desde el poder, pervive hasta hoy y se erige como un asidero central para la legitimación del régimen cubano. Asimismo, esta trascendencia de lo guerrillero en el imaginario revolucionario vendría a refutar la caracterización del régimen cubano como militarista.

Para realizar este análisis se acude a un corpus voluminoso (que incluye discursos de los principales dirigentes, publicaciones periódicas, manuales de estudio, monumentos e imágenes visuales de propaganda). Aunque metodológicamente se focaliza en el análisis del discurso, éste se combina con una mirada que incorpora insumos de la ciencia política y la sociología para establecer un contexto macro de interpretación. Esta es, sin dudas, una de las mayores virtudes de este texto.

Dado que este libro se publica en 2019, resulta interesante enmarcar su lectura en dos elementos contextuales sobresalientes. El primero tiene que ver con el proceso de cambio en la dirigencia del país que tuvo lugar en 2018 cuando (luego de casi 6 décadas en las que la jefatura de Estado había sido ostentada por un Comandante en Jefe y un General) asume el poder un civil, nacido después de 1959 y en cuya biografía no aparece cargo militar alguno. El segundo apunta al lugar relevante que ha alcanzado la discusión sobre el militarismo y la militarización en los debates académicos recientes. Este interés ha desplazado el tema de la guerrilla y los guerrilleros que ocupó a las ciencias sociales latinoamericanas de los 60 y buena parte de los 70—sin duda estimulado por el triunfo de los guerrilleros cubanos frente al ejército regular de Batista.

El argumento central de *The Guerrilla Legacy of the Cuban Revolution* toma como punto de partida la contraposición guerrillerismo/militarismo para analizar los discursos de legitimación del régimen cubano y su impacto en la cultura política del país. En este contexto, el libro puede ser leído no solo como un minucioso estudio sobre la dimensión simbólica y el imaginario del proyecto político cubano, sino también desde la perspectiva de los estudios sobre los “nuevos militarismos”.

La tesis central es que, a pesar de la nutrida representación de militares en la cúpula del poder, el régimen cubano no ha sido militarista, sino que la existencia de una cultura política afincada en la imagen de una “guerrilla” (no una guerra) y de unos “guerrilleros” (no militares), es la que ha sostenido simbólicamente la legitimidad del proyecto político y su gobierno. Este legado, construido en una

narrativa (visual, textual, monumental) que pervive aun en las circunstancias del cambio generacional del liderazgo, ha logrado conectar pasado, presente y futuro en un mismo ethos que se instituye como cemento de la legitimación.

El análisis se presenta cronológicamente y de manera periodizada: Etapa de la lucha guerrillera antes de 1959, periodo de consolidación de la Revolución (1959-1968), etapa de 1968-1979, “guerrillerismo en la sombra” (1980-1989), Periodo Especial (1989-2003) y cambio de mando de Fidel a Raúl Castro y luego a Díaz Canel (2006-2018). Destaca como uno de los aciertos de esta periodización el haber incluido la etapa previa a la toma del poder, ya que muestra con claridad cómo muchos de los valores y estereotipos que nutren el discurso post 59 y luego se convierten en tema fundante del nuevo régimen, se gestan en el periodo de lucha insurreccional. A la vez, el Capítulo 2 revela la forma en que estos valores del discurso operan como actitudes y conductas que estimulan la participación y el apoyo. Estos son los capítulos donde más sólidamente se demuestra el argumento, ya que en esa etapa hay una conexión entre el discurso y las prácticas del nuevo régimen. Una mirada a la sociedad cubana de entonces confirma estas apreciaciones: las grandes campañas de alfabetización, la movilización popular para la defensa a través de milicias, la imagen de los dirigentes (todavía jóvenes barbudos en uniformes de campaña), o la política exterior de apoyo a las guerrillas latinoamericanas.

Si bien es bastante evidente que el discurso de estos primeros años estuvo impregnado y muy marcado por el legado de la guerrilla y la exaltación de su extensión a América Latina y el Tercer Mundo, lo que resulta más problemático es que esto se mantenga invariable en décadas posteriores. En los capítulos 3 y 4 la evidencia analizada muestra claramente la disminución del legado guerrillero, que solo se encuentra en algunas pistas que la autora se afana por descubrir (“...a principios de la década de 1980 el guerrillerismo no era tan frecuente en el discurso hegemónico de la Revolución. En su lugar, otros dos tropos salieron a la luz: la plaza sitiada y el socialismo”, 110).

Durante este período, además de los cambios en el marco institucional que se mencionan en el texto como parte de la llamada “sovietización” (proceso de institucionalización, Constitución del 76, etc.) otras modificaciones tienen un profundo impacto en el imaginario de la sociedad; entre ellos cambios en la política exterior (apoyo a la vía democrática al socialismo en Chile, relaciones diplomáticas con gobiernos democráticos latinoamericanos e incluso con la dictadura militar Argentina) y, de manera muy relevante, aquellos que conciernen al Ejército. En este periodo se cambian los uniformes y las graduaciones de los oficiales; en vez de un contingente de guerrilleros comandados por jóvenes tenientes, capitanes y comandantes, el ejército cubano adopta una imagen más marcial (uniformes de gala, gorras de plato, coroneles y generales con meda-

llas al pecho, que disponen de tiendas especiales y otros privilegios). También la intervención cubana en Angola fue una operación militar ejecutada por las tropas regulares, dirigida por generales y que se publicitó como una contienda entre ejércitos.

En los capítulos dedicados a las etapas 1989-2003 y 2006-2018, tampoco se logra captar la ruptura tanto de la cultura política como de las bases de consenso que se produce con la llegada del Periodo Especial. Si bien es cierto que la retórica oficial sigue usando las mismas palabras que a inicios de la revolución referían a lo guerrillero, las prácticas institucionales y los cambios que suceden a las medidas de ajuste evidencian más cambio que continuidad. El crecimiento de la desigualdad y la pobreza; la legitimación de un nuevo modelo económico que combate el igualitarismo y el paternalismo; y la alineación y el apoyo a los socialismos del siglo XXI, que llegan al poder por la vía democrática, desconectan el vocabulario del discurso legitimante del ethos de la guerrilla. Asimismo, la militarización de la actividad económica orientada al turismo, las finanzas, las remesas y las tiendas de divisas, a través de su control por un conglomerado de empresas militares, conlleva que, para los cubanos de hoy, la imagen de los militares tenga mucho más que ver con GAESA y Angola que con la Sierra Maestra, lo que hace muy poco probable que vean en ellos el ethos guerrillero.

Creo que en este punto el análisis sufre de una insuficiente mirada a la influencia de los cambios institucionales y sus prácticas sobre los universos simbólicos, y de apegarse a una visión estática que no logra aprehender el carácter incompleto, dinámico y móvil de la cultura política. Una visión más comprensiva que diera cuenta de la interrelación entre las significaciones y el contexto histórico-social, de la relación entre discursos y prácticas sociales, y de la capacidad de los individuos de interpretar y conferir sentido a los discursos, permitiría aprehender la creación de nuevas significaciones y, en consecuencia, de cómo el ethos guerrillero se ha *resemantizado*.

Desde esa perspectiva, la distinción entre *militarismo* y *guerrillerismo* en la cual se sostiene el argumento central del libro concita varios cuestionamientos: A pesar de que en la Introducción se nos advierte que ambos términos no se aplicarán como opuestos excluyentes (13), es desde esta distinción que se fundamenta (por su origen) la diferencia entre las FAR cubanas y el resto de los ejércitos latinoamericanos (4) y su distancia de las prácticas de los autoritarismos militares (5). Asimismo, se afirma que, a pesar de que la práctica política del liderazgo y la sociedad cubana se ajustan a la definición de militarismo, el predominio discursivo de la imagen del guerrillero y el origen del ejército cubano en las guerrillas de la Sierra Maestra que han modelado la cultura política del país es suficiente para plantear una visión alternativa a la idea de que el cubano es un régimen militarista.

Atendiendo a los debates y definiciones recientes, y entendiendo el militarismo no solo como el predominio de lo militar en el gobierno y el Estado, sino también como una ideología que exalta las virtudes militares y que valora la guerra (y la preparación para ella) como algo correcto y deseable, cabe preguntarse si en la sociedad cubana de hoy las definiciones de valores y nociones como *lucha*, *batalla*, *trinchera*, *preparación para la defensa*, *batalla de ideas* mantienen su asociación al ethos guerrillero o si, por el contrario, se acercan más a las ideologías militaristas.

Por otra parte, si definimos la militarización como el despliegue de militares en tareas y funciones civiles y la asignación de recursos a estos cuerpos armados, ¿acaso la procedencia guerrillera del gobierno cubano ha sido suficiente para impedir o atenuar la militarización de su sociedad? Tanto alguna de la evidencia analizada en el libro como un vistazo a la historia del proceso desde 1959, muestran la presencia de las FAR cubanas como protagonista de numerosas actividades civiles (productivas, económicas, ideológicas). Cabe recordar, solo a modo de ejemplo, los planes agrícolas encomendados al ejército en los 60, la creación del Ejército Juvenil del Trabajo en la zafra del 70, hasta la preponderancia que hoy alcanza el consorcio militar GAESA en la economía insular.

Por todo ello, si bien la permanencia del vocabulario procedente del legado guerrillero en la retórica discursiva del gobierno cubano actual es incuestionable, lo que es más discutible es que estos sean hoy los valores centrales de la cultura política cubana y las bases del consenso. En el nuevo contexto socioeconómico y político, los referentes interpretativos se han vaciado de sus contenidos guerrilleros y han sido reemplazados por nuevos significados y sentidos. Este proceso de *resemantización* contribuye a desdibujar la diferenciación de las FAR de los ejércitos convencionales, por lo que, más que concluirlo, convendría preguntarse si en realidad los cubanos de hoy ven la participación de los militares “...en el gobierno y otras áreas no militares [como] un curso natural de los acontecimientos” (169).

Velia Cecilia Bobes León

FLACSO, Sede México

MANOLO E. VELA CASTAÑEDA (COORD.), *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2020.

La historia contemporánea de Guatemala ha estado marcada por su inserción en la Guerra Fría a partir del cruento golpe de Estado contra el presidente Arbenz en 1954. Las consecuencias del mismo han producido las características que